

**Javier Arias Toro,**  
*El último cuento*

Plaza y Valdés Editores  
**Christopher Britt Arredondo**  
*The George Washington University*

Un joven, soltero, entrenador de perros, deseoso de encontrar una compañera en su vida solitaria, empieza a notar cómo la inquilina del piso de arriba hace sombra de cada uno de sus movimientos. Al bañarse él, ella también se baña; al fregar él los platos, ella también friega los suyos; al acostarse sobre el sofá y soñar con amores deleitosos, ella también se tumba en su sofá. Aunque no la conoce, él se la imagina joven, hermosa, vestida de falda alta y con tacones sugestivos. Pero cuando por fin sube al piso de arriba para conocer a quien espera sea su novia, se encuentra con una viejecita perdida en el laberinto de su propia soledad. Kathryn Griggs, aventurera y amante de las experiencias extremas, viaja desde su Canadá natal hasta México donde, después de comprarse una guitarra y emborracharse de tequila, se monta en un vagón del metro y empieza a tocar su nueva guitarra y a entonar la letra de su canción favorita. De repente el tren frena, Kathryn Griggs se golpea la cabeza y, en el transcurso de pocos minutos, muere rodeada de caras y personas que ella nunca conoció y que jamás la conocieron a ella. Un filósofo entusiasmado, profesor de la universidad, decide mudarse a una pensión donde, rodeado de gente inculta, espera poder realizar unos experimentos que demuestren la existencia de las ideas innatas. Tras realizar varios experimentos de dudable rigor científico acaba decidiéndose por un último experimento que, según su entendimiento, habrá de demostrar de una vez por todas la existencia de dichas ideas. Decidido, se retira a su habitación en la pensión y se suicida. Algunos días más tarde, entran los demás inquilinos de la pensión al cuarto y, gracias a la idea innata de la muerte, comprenden que el filósofo está, ciertamente, muerto.

Éstos son ejemplos representativos del tipo de situaciones existenciales y personajes agónicos que Javier Arias Toro presenta en *El último cuento*. En sí, demuestran el punto hasta el cual los nueve relatos reunidos en esta colección comprenden una unidad temática. En cada uno de ellos, el tema viene a ser el mismo: la vacuidad existencial de la vida moderna, vacuidad que se inscribe en estos cuentos

como la negación de la libertad y de la personalidad de los individuos. Así pues, representan las historias reunidas en *El último cuento* un proyecto literario afín a la literatura existencialista.

Es precisamente por razón de ese parentesco con el pensamiento y la obra de los Camus y los Genêt de antaño que el proyecto de Arias Toro merece la atención. Al adoptar la voz de un escritor-filósofo, Arias Toro genera diversas expectativas, tanto desde el punto de vista de la literatura como desde el de la filosofía. Su proyecto es, ciertamente, ambicioso. De ahí su promesa. De ahí, también, su peligro. No es nada fácil escribir como un escritor filósofo—o sea, a lo Dostoievski o lo Kafka— y lograr que la filosofía entre a servicio de la literatura. Más fácil es, a pesar de querer escribir como un escritor filósofo, acabar escribiendo como un filósofo-escritor. En el mejor de los casos, esto daría lugar a una sátira al estilo de un Voltaire o un Diderot. En el peor de los casos, a un intelectualismo barato al estilo de un Unamuno. Es ésta, pues, la difícil tarea que se plantea Arias Toro como autor de *El último cuento*: escribir de tal modo que la filosofía obedezca a la literatura. Puesto que la filosofía y la literatura son, por tradición, opuestos contrincantes, la reconciliación que propone Arias Toro resulta de lo más provocador.

La querrela entre la filosofía y la poesía tiene su origen en el mundo letrado de los clásicos. Tanto en la *República* de Platón como en *Las nubes* de Aristófanes se articulan de modo paradigmático las principales quejas y defensas de esta disputa. Según la formulan estos epígonos clásicos, lo que se disputan la filosofía y la literatura no es únicamente cómo pensar y representar la realidad—si vaciándola de los detalles del mundo o rellenándola de los mismos— sino también cómo enseñar a los seres humanos a ser virtuosos. De lo que se trata, pues, es de una riña de carácter moral y político.

Y es desde aquí, desde este *locus* donde la filosofía y la literatura se encuentran, que Arias Toro se plantea la tarea de escribir con la voz de un escritor-filósofo y no con la de un filósofo-escritor. Por lo tanto, sus relatos se centran en asuntos éticos. Por una parte, está la ética de la lectura misma. ¿Cómo ser prudente al leerle? ¿Se le ha de leer principalmente como poeta o como filósofo? Por otra parte, está la problemática existencial a la que se enfrentan los protagonistas de los cuentos. ¿Cómo ser libres en un mundo humano que por sí parece conspirar contra todo acto de voluntad, contra todo intento de establecer la

personalidad como la base de una nueva realidad vital? Algunos intentan realizarse mediante el vehículo de la imaginación literaria; otros, mediante el de la abstracción conceptual filosófica. Lo interesante, desde ambos puntos de vista, es que ni los unos ni los otros consiguen librarse... bueno, ningunos, excepto uno. Pero eso es ya adelantar conclusiones.

Como ejemplo de un relato que presenta una solución ético-literaria, Arias Toro ofrece el del joven entrenador de perros que se enamora de la vecina del piso de arriba. Su problema, claro está, es que vive abrumado por la soledad. Es la suya una soledad que, aunque la quiera defender como seña de identidad – “[tuve] la esperanza de comprobar que la persona del otro piso ... estaba inscrita en su realidad, y no en la mía” –, tampoco le permite entrar plenamente en contacto con los demás seres humanos y compartir con ellos un mundo humano. La única cosa medianamente humana que lo acompaña en la vida es su soledad. Con la llegada al piso de arriba de una persona que vive envuelta en una soledad idéntica a la suya, la soledad del joven parece duplicarse. Su mundo se vuelve doblemente inhumano, doblemente injusto. Al darse cuenta cada vez más del espejismo que existe entre su soledad y la de la persona de arriba, el joven solitario empieza a darle rienda suelta a su imaginación: “Los que vivimos solos”, diagnostica, “sabemos de la propensión a la superstición” (12). A base de esa propensión irracional y generadora de significados literarios, el joven se imagina que el espejismo es el resultado primero de un fantasma, luego de su doble y, por último, de una bella y encantadora mujer de su misma edad. Éstas son, pues, las figuras paranoicas con que su propia soledad se le presenta. En un principio, van desde lo fantástico hasta lo romántico; pero al conocer que lo que está detrás del espejismo de su soledad no es sino una anciana enloquecida, la soledad del joven se convierte en la figura grotesca de un malogrado intento de humanizar una realidad perversa y absoluta. El joven se queda solo con su ser.

Como ejemplo de una historia que presenta una solución ético-filosófica está la del filósofo entusiasmado con la idea de comprobar la existencia de las ideas innatas. Su obsesión está basada en el deseo de poder definir y describir la naturaleza exclusiva de los seres humanos. O sea, su deseo es afirmar el Ser de los seres humanos ante la existencia del mundo y, de ese Ser determinado, derivar el resto del mundo, un mundo profunda y vitalmente humanizado. Su propósito no podría ser más ético. Así, por lo menos, lo da a entender el narrador de esta historia

cuando afirma que el filósofo “afirmó que el deseo de justicia era querer restablecer algún equilibrio roto, y pretender restaurar ese equilibrio probaba que ese equilibrio faltaba. Y la humanidad, nuestra pobre humanidad, decía casi a gritos, se debate entre ese ser y ese no ser, entre ese SÍ y ese NO” (52). No obstante su pasión por la justicia y su deseo de proyectar, desde su laboratorio en la pensión donde vive, una imagen humana del mundo, el filósofo acaba por darse cuenta de que “no existía diferencia entre un filósofo y un borracho”, es decir, acaba por dudar en su proyecto humanizador. Atormentado por sus nuevas dudas, el filósofo queda en darle a esa humanidad que tanto quisiera ver realizada una última e irrefutable prueba de su proyecto humanizador. Se suicida, se sacrifica, en servicio de su propio ideal. Pero en vez de conseguir con ello una libertad vital, lo que consigue es la negación más absoluta de su mismo ser: la muerte.

Ni el joven solitario ni el filósofo entusiasmado consiguen librarse de sus angustias. Ni la imaginación literaria ni el raciocinio filosófico les ha podido emancipar. No obstante estos fracasos, la filosofía que late por debajo de estos cuentos de Arias Toro no es nihilista al estilo de un Schopenhaur. Más bien se trata de un nihilismo al estilo nietzscheano, o sea, de un proyecto que busca darle un sentido trágico y por lo tanto profundamente humano a la vida. Se trata, ante todo, de la vida como arte. El único protagonista que consigue librarse de la vacuidad existencial y darle un sentido literario y artístico a su vida es el del último cuento apropiadamente titulado “El último cuento”. Es éste un cuento que invita a ser leído en varios niveles, tanto en el del relato como en el meta-literario de la querrela entre la filosofía y la literatura.

Con respecto al nivel del relato, este cuento narra, en primera persona, la historia de un escritor de cuentos que no consigue quien se los publique. Un editor tras otro le han acusado de escribir como un filósofo-escritor, o sea, de escribir cuentos que más bien parecen ser ensayos. A la larga, el jefe de su mujer, que también es un editor, le promete publicar un solo cuento suyo. Pero le impone una condición y es que jamás vuelva a escribir ni a publicar otro cuento más... que ese sea, en otras palabras, el último cuento. El escritor acepta la condición y se dedica a buscar un tema apropiado. Cosa que no le resulta nada fácil. Cuando descubre que su nuevo editor y su mujer son amantes, descubre también cual ha de ser el tema de su primer y último cuento: la traición. A la condición impuesta por su editor – que se niegue a sí mismo como escritor – se añade la negativa de su mujer. Una vez más, Arias Toro le plantea a su

protagonista y a sus lectores una cuestión ética. A saber: habiendo sido negado intelectual y emocionalmente, ¿habría este ser amenazado con la sombra de la muerte de volverse cómplice de esa doble negación?: ¿debería aceptar la opinión de los demás como última verdad o, por el contrario, rebelarse ante ese consenso? La respuesta clara y retundante del escritor es... escribir. ¿Y qué escribe? El cuento de su traición. De esta manera, el hecho mismo de escribir se convierte, para el protagonista, en una forma de corregir el mal y de establecer, una vez más, el equilibrio. De tal modo, se convierte también la escritura en un modo de autoafirmación, en el vehículo de la transición entre la negación de la personalidad y la afirmación de una realidad humanizada.

Esta reconciliación ética de la literatura con la filosofía mediante el arte tiene su expresión complementaria al nivel meta-literario. Por razón de su mismo título –“El último cuento”– este cuento nombra su función dentro de la colección de cuentos (ponerle fin a la colección) a la vez que sirve como referencia para el título de la misma: *El último cuento*. Semejante procedimiento no tiene otro propósito que el de llamar la atención de los lectores al lugar privilegiado que ocupa este último cuento en la colección. Lo que lo separa de los demás es que es el único cuento donde Arias Toro comparte con uno de sus protagonistas el poder y el placer de saber escribir como un escritor-filósofo. O sea, es el único cuento en que un protagonista consigue emanciparse de las fuerzas que vacían su vida de sentido y afirmarse como personalidad, como principio constitutivo de una realidad vitalmente humanizada. Y es precisamente por razón de demostrar a sus lectores esa posibilidad emancipatoria que *El último cuento* se distingue, a su vez, de otras colecciones de cuentos más apegados a las reglas de la invención literaria. Al escribir como un escritor-filósofo, Arias Toro sí logra una artística reconciliación entre la filosofía y la literatura. Es de esperar que al haber encontrado un editor para su primera colección de cuentos, este atractivo y provocador escritor no haya aceptado ninguna condición que le impondría el silencio. Ojalá siga escribiendo, filosofando e inventando. De tal modo podrán sus lectores seguir disfrutando de una lectura que les humaniza artísticamente.

\*

## Jorge Franco Ramos Rosario Tijeras

Chloe Rutter

Universidad de California, San Diego

La novela *Rosario Tijeras*, escrita por Jorge Franco Ramos, un joven escritor de Medellín, se añade a la bibliografía creciente de un género particularmente colombiano que se podría llamar la “narconovela”. Un elemento relevante de este género es el espacio social de Medellín, sede principal del narcotráfico en los años 80. La ciudad se compone de las comunas nororientales, unos barrios de alta densidad y pobreza absoluta, ubicados al borde del centro, lugar donde vive la clase media y dirigente tradicional.

En los últimos años han aparecido varias producciones culturales que muestran la vida de las comunas de manera testimonial y sociológica y se enfocan en los sicarios para indagar en la cultura del narcotráfico. Esa problemática se presenta en *No nacimos pa' semilla*, de Alonso Salazar J. o en *El pelaño que no duró nada*, de Víctor Gaviria. Estas obras que trabajan el tema de los sicarios tienen rasgos del *bildungsroman* en el cual el lector/a sigue los pasos de un chico adolescente enfrentándose a la vida. A diferencia de éstos, en la narconovela el chico fracasa y no sale del ambiente violento de las comunas, como se ve en la película de Víctor Gaviria *Rodrigo D. no futuro*. Otro *best-seller* colombiano reciente *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, relata la historia de un hombre de clase acomodada y sus relaciones homosexuales con sicarios jóvenes.

*Rosario Tijeras*, ganadora de varios premios nacionales y uno de los *best-seller* del 1999, explora la vida de una joven sicaria llamada Rosario Tijeras, oriunda de las comunas nororientales, y quien se traslada a vivir en un barrio de gente acomodada de Medellín. *Rosario Tijeras* se asemeja más a *La virgen de los sicarios* que muestra las relaciones entre la clase dirigente, o sea el Medellín tradicional, y los pobres y narcorricos que intentan integrarse a esa clase social. Ambas novelas intentan humanizar la figura del sicario, convirtiéndolo en elemento conector entre ambos estratos socioeconómicos. *Rosario Tijeras* no sólo muestra lo anterior, sino que ofrece un testimonio ficcional que se enfoca en la relación entre Rosario, Emilio y el narrador. Rosario viene de las comunas y trabaja para “los duros de los duros” (los narcotraficantes) y desempeña un papel doble: asesina a sueldo y objeto sexual.